

JOE ABERCROMBIE

LAVOZ DE LAS ESPADAS

EDICIÓN ILUSTRADA POR ALEJANDRO COLUCCI



El inquisidor Glokta, convertido en un cínico tullido tras su paso por las cárceles de los enemigos de la Unión, es ahora a su vez un eficaz torturador capaz de extraer cualquier información de un criminal o de quien decidan sus superiores...

El capitán Jezal dan Luthar no ha hecho en su vida nada más peligroso que desplumar a sus amigos jugando a las cartas y soñar con la gloria de vencer en el Certamen de esgrima. Pero se está fraguando una guerra, y en los campos de batalla del Norte la lucha se rige por normas mucho más sangrientas...

Logen Nuevededos, infame bárbaro de pasado sangriento, acaba de perder a sus amigos y está decidido a abandonar sus tierras y dirigirse al Sur, pero los espíritus le advierten que le busca un Mago de los Viejos Tiempos...

Sus historias se entrelazan en una fantasía negra repleta de acción y personajes memorables.

*Para los cuatro lectores.
Ya sabéis quiénes sois*

Fin

Logen se internó de un salto en la espesura, con los pies descalzos resbalando y patinando en la tierra húmeda, en la nieve fundida, en la pinocha mojada, con el pecho ardiendo al respirar, la sangre retumbando en la cabeza. Tropezó y cayó de costado, a punto estuvo de abrirse el pecho con su propia hacha y se quedó allí tendido jadeando, escrutando el sombrío bosque.

Hacía solo un instante el Sabueso seguía a su lado, de eso estaba seguro, pero ya no había ni rastro de él. En cuanto a los demás, no había forma de saberlo. Valiente jefe estaba hecho, dejando que lo separaran de sus hombres. Debería estar intentando regresar, pero los shankas andaban por todas partes. Los sentía moverse entre los árboles y su olfato estaba impregnado de su olor. Desde algún lugar situado a su izquierda le pareció oír gritos, de lucha tal vez. Procurando no hacer ruido, se levantó despacio. Sonó el crujido de una rama y Logen se volvió como una centella.

Una lanza venía hacia él. Una lanza de aspecto feroz llegaba hacia él a toda velocidad con un shanka al otro extremo.

–Mierda –dijo Logen.

Se echó a un lado, resbaló, cayó de bruces y rodó por el suelo atravesando la maleza, convencido de que en cualquier momento sentiría cómo la lanza se le hundía en

la espalda. Respirando pesadamente, se apresuró a ponerse de pie. Vio el brillo de la punta acometiendo de nuevo contra él, la esquivó y se escabulló tras el grueso tronco de un árbol. Se asomó por un lado y el cabeza plana soltó un bufido y atacó de nuevo. Logen volvió a asomarse un instante por el otro lado, se apartó, rodeó el tronco de un salto, salió a descubierto y descargó un hachazo rugiendo con todas sus fuerzas. Con un chasquido, el filo del hacha se hundió en el cráneo del shanka. Había tenido suerte, pero al fin y al cabo, pensó Logen, ya iba siendo hora de tener un poco de suerte.

El cabeza plana seguía en pie, mirándole sin dejar de pestañear. Luego se le fue cubriendo la cabeza de hilos de sangre y empezó a tambalearse. Después se desplomó, arrancando a Logen el hacha de las manos, y quedó a sus pies convulsionándose en el suelo. Logen trató de agarrar el mango del hacha, pero, de alguna manera, el shanka seguía sosteniendo su lanza y la punta daba sacudidas en el aire.

—¡Au! —chilló Logen cuando la lanza le hizo un corte el brazo.

Notó una sombra en la cara. Otro cabeza plana. Y de los grandes. Ya estaba en el aire, con los brazos extendidos. Demasiado tarde para coger el hacha. Demasiado tarde para esquivarlo. La boca de Logen se abrió, pero no había tiempo de decir nada. ¿Qué podía decirse en una situación así?

Cayeron juntos a la tierra húmeda y rodaron juntos por el suelo entre espinas y ramas sueltas, arañándose y aporreándose y gruñendo. La cabeza de Logen dio contra la raíz de un árbol, un golpe tan fuerte que le pitaron los oídos. Llevaba un cuchillo en alguna parte, pero no recordaba dónde. Rodaron y rodaron pendiente abajo mientras el mundo giraba y giraba a su alrededor, y Logen intentó desembotarse y estrangular al cabeza plana a la vez. No había forma de parar.

A todos les había parecido buena idea acampar cerca del cañón. Así no habría posibilidad de que los sorprendieran por la espalda. Pero mientras Logen resbalaba sobre el vientre hacia el borde del abismo, la idea estaba perdiendo gran parte de su atractivo. Desesperado, trató de aferrarse a la tierra húmeda. Sus manos solo encontraron polvo y agujas de pino marrones. Volvió a cerrar los dedos, pero lo único que atraparon fue nada. Iba a caer. Dejó escapar un leve gemido.

Sus manos agarraron algo. La raíz de un árbol que sobresalía de la tierra, justo al borde del precipicio. Soltó un grito ahogado y se balanceó sobre el vacío, pero estaba bien aferrado.

—¡Ja! —gritó—. ¡Ja!

Seguía vivo. Hacía falta algo más que unos cuantos cabezas planas para acabar con Logen Nuevededos. Trató de encaramarse al borde, pero le fue imposible. Un gran peso le colgaba de las piernas. Logen miró hacia abajo.

El cañón era profundo. Muy profundo, y con unas paredes de roca cortadas a pico. Aquí y allá un árbol encajado en una grieta desplegaba su fronda sobre el abismo. Al fondo, muy lejos, el río turbulento y veloz discurría bufando y escupiendo espuma blanca, encajonado entre abruptos peñascos negros. Mal asunto, desde luego, aunque el verdadero problema lo tenía más cerca. El enorme shanka seguía con él, meciéndose con suavidad en el aire, sus sucias manos agarradas al tobillo izquierdo de Logen.

—Mierda —musitó Logen.

Estaba metido en un buen aprieto. Ya había pasado por otros bastante malos y había vivido para contarlos, pero le costaba imaginar una situación mucho peor que aquella. Eso le hizo pensar en su vida. En esos momentos le pareció amarga y sin sentido. No había hecho ningún bien a nadie. Una mera sucesión de violencia y dolor, con poco más que penurias y decepciones entre medias. Las manos empezaban a cansársele, los antebrazos le ardían.

Nada parecía indicar que el cabeza plana fuese a soltarse pronto. Es más, había trepado un poco por su pierna. La criatura se detuvo y lo miró con ferocidad.

De haber sido Logen quien colgara aferrado al pie del shanka, probablemente habría pensado: «Mi vida depende de esta pierna de la que cuelgo, así que mejor no correr riesgos». Un hombre prefiere salvar la vida antes que matar a su enemigo. Por desgracia, los shankas veían las cosas de otra manera, y Logen lo sabía. Por eso no se sorprendió mucho cuando el shanka abrió su enorme boca y le clavó los dientes en la pantorrilla.

—¡Aaargh! —rugió Logen.

Se puso a gritar y a lanzar patadas con todas sus fuerzas usando el talón descalzo. Una hizo sangre al shanka en la cabeza, pero no por eso dejó de morderle y, cuanto más fuertes eran sus patadas, más le resbalaban las manos de la escurridiza raíz a la que estaba sujeto. Apenas quedaba ya raíz a la que aferrarse, y lo poco que había parecía a punto de romperse. Intentó pensar, abstrayéndose del dolor de las manos, del dolor de los brazos, de los dientes del shanka en su pierna. Iba a caer. Sus únicas opciones eran caer en las rocas o caer al agua, y esa era una decisión que más o menos se tomaba sola.

Puestos a hacer algo, mejor es no demorarlo que vivir temiéndolo. Es lo que habría dicho su padre. Logen afirmó en la roca el pie que tenía libre, respiró hondo una última vez y se impulsó hacia el vacío con las pocas fuerzas que le quedaban. Primero sintió cómo se soltaban los dientes que le mordían, luego las manos que lo tenían agarrado y, por un instante, quedó libre.

Entonces empezó a caer. Rápido. Las paredes del cañón pasaban como una exhalación: roca gris, musgo verde, manchas blancas de nieve, todo girando vertiginoso a su alrededor.

Logen daba lentas vueltas en el aire, agitando inútilmente los miembros, demasiado asustado para gritar. El

viento le azotaba los ojos, le revolvía la ropa, le robaba el aliento de la boca. Vio al gran shanka estrellarse contra la pared de roca a su lado. Lo vio quebrarse, rebotar y caer desmadejado, sin duda muerto. Una visión muy grata, pero su satisfacción duró poco.

El agua se alzaba ya para acogerle. Embistió su costado con la fuerza de un toro, le vació los pulmones de un puñetazo, le arrebató el sentido de la cabeza, lo absorbió y lo sumió en una fría oscuridad...

Primera parte

Ya el hierro por sí solo atrae al hombre.

Homero

Los supervivientes

El agua lamiéndole las orejas. Eso fue lo primero que sintió. El lamido del agua, el rumor de los árboles, el gorjeo espaciado de algún pájaro.

Logen entreabrió los ojos. Luz, una luz difusa entre las hojas. ¿Era eso la muerte? Y si lo era, ¿por qué dolía tanto? Le palpitaba todo el costado izquierdo. Trató de respirar con normalidad, se atragantó, tosió agua, escupió barro. Gimió, se dio la vuelta, se puso a cuatro patas y entre respingos, con los dientes apretados, se arrastró fuera del río. Rodó por el suelo y se tumbó boca arriba en la orilla sobre un lecho de musgo, cieno y palos podridos.

Permaneció un rato tumbado, contemplando el cielo gris que se abría por encima de las ramas negras, resollando con la garganta en carne viva.

—Sigo vivo —graznó para sí mismo.

Seguía vivo, pese a todos los esfuerzos de la naturaleza, los shankas, los hombres y las bestias. Empapado, con la espalda pegada al suelo, se echó a reír entre dientes. Una risa aguda y gorgoteante. Si algo podía decirse de Logen Nuevededos, es que era un superviviente.

Un viento frío barrió la pútrida orilla, y la risa de Logen se fue desvaneciendo poco a poco. Estaba vivo, sí, pero mantenerse con vida era otro cantar. Se incorporó con una mueca de dolor. Se puso de pie tambaleándose y apoyó la espalda en el tronco del árbol más cercano. Se restregó

la nariz, los ojos y las orejas para quitarse la suciedad. Se subió la camisa empapada para echar un vistazo a los daños.

La caída le había dejado el costado lleno de moratones. Tenía las costillas cubiertas de arriba abajo por unas manchas azules y púrpuras. Dolían al tocarlas, y mucho, pero al menos no parecía que tuviera nada roto. La pierna estaba hecha un destrozo. Ensangrentada y desgarrada por los dientes del shanka. Dolía bastante, pero el pie aún se movía bastante bien y eso era lo importante. Ese pie le iba a hacer mucha falta si quería salir de aquella.

Su cuchillo seguía en la vaina del cinturón, y Logen se llevó una gran alegría al verlo. Sabía por experiencia propia que nunca se tienen suficientes cuchillos, y aquel era bastante bueno, pero las cosas seguían pintando mal. Estaba solo en un bosque infestado de cabezas planas. No tenía ni la más remota idea de su posición, pero podía seguir el río. Todos los ríos fluían hacia el norte, desde las montañas hasta el gélido mar. Así que tenía que seguir el río a contracorriente en dirección sur. Seguirlo y luego ascender a las Altiplanicies, donde los shankas no podrían encontrarlo. Era su única oportunidad.

Haría frío allá arriba en esa época del año. Un frío mortal. Bajó la vista a sus pies descalzos. Su típica mala suerte había hecho que los shankas llegaran cuando acababa de quitarse las botas para sajarse las ampollas. Tampoco llevaba zamarra: le habían pillado sentado junto a la hoguera. En esas condiciones no aguantaría ni un día en las montañas. Durante la noche, las manos y los pies se le ennegrecerían, y moriría poco a poco antes de llegar siquiera a los puertos de montaña. Eso si no lo mataba antes el hambre.

–Mierda –masculló.

Tenía que regresar al campamento. Tenía que confiar en que los cabezas planas hubieran seguido su camino, confiar en que hubieran dejado algo atrás. Algo que le

ayudara a sobrevivir. Era mucho confiar, pero no tenía elección. Nunca tenía elección.

Cuando Logen dio por fin con el lugar, había empezado a llover. La incesante llovizna le aplastaba el pelo contra el cráneo, le empapaba las ropas. Se pegó a un tronco cubierto de musgo y escudriñó el campamento con el corazón atronando y los dedos de la mano derecha apretando la resbaladiza empuñadura del cuchillo con tanta fuerza que le dolían.

En el lugar donde había estado la hoguera vio un círculo ennegrecido, rodeado de palos a medio quemar y restos de ceniza pisoteada. Vio el leño en el que habían estado sentados Tresárboles y Dow cuando aparecieron los cabezas planas. Vio algunos restos del equipo, rasgados o rotos, desperdigados por el claro. Contó tres shankas muertos aovillados en el suelo, uno con una flecha sobresaliendo del pecho. Tres cadáveres, pero ni rastro de shankas vivos. Era una suerte. La suerte justa para sobrevivir, como de costumbre. Aun así, podían regresar en cualquier momento. Había que darse prisa.

Logen salió de detrás de los árboles y su mirada recorrió el suelo. Sus botas seguían donde las había dejado. Las recogió, se las puso a saltos y, con las prisas, estuvo a punto de resbalar y caerse. También estaba allí su zamarra, atrapada bajo el leño, desgastada y llena de rajas tras diez años expuesta a los rigores del clima y la guerra, mil veces desgarrada y vuelta a coser, con media manga arrancada. Su macuto yacía informe entre los matojos, su contenido esparcido por la ladera. Casi sin aliento, se agachó y volvió a meterlo todo dentro. Un trozo de cuerda, su vieja pipa de barro, unas tiras de cecina, una aguja y algo de bramante, una petaca abollada en cuyo interior chapoteaban algunos restos de licor. Todo ello bueno. Todo ello útil.

De una rama colgaba una manta andrajosa, empapada y medio recubierta por una capa de mugre. Logen la levantó y sonrió. Debajo estaba su puchero, viejo y cascado. Estaba volcado de lado, como si lo hubieran pateado lejos del fuego durante la refriega. Lo agarró con ambas manos. Aquel puchero abollado y renegrido tras años de duro servicio le transmitía una sensación segura, familiar. Hacía mucho que lo tenía. Le había hecho compañía en todas las guerras, cruzando todo el Norte y de vuelta. Todos lo habían usado para cocinar cuando andaban por los caminos, todos habían comido de él. Forley, Hosco, el Sabueso, todos.

Logen repasó de nuevo el campamento. Tres shankas muertos, pero ni rastro de su gente. Quizá todavía anduvieran cerca. Quizá debería arriesgarse, probar a echar un vistazo...

—No.

Lo dijo entre dientes, sin levantar la voz. Sería una locura. Eran muchas cabezas planas. Muchísimas. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado tirado en la orilla del río. Incluso si algunos de los suyos hubieran conseguido escapar, los shankas estarían dándoles caza por el bosque. A esas alturas seguro que ya no eran más que cadáveres desperdigados por los valles altos. Lo único que podía hacer Logen era dirigirse a las montañas y tratar de salvar su triste pellejo. Había que ser realista. Había que serlo, por mucho que doliera.

—Ya solo quedamos tú y yo —dijo Logen mientras metía el puchero en el macuto y se lo echaba a la espalda.

Se puso en marcha, renqueando todo lo rápido que podía. Pendiente arriba, hacia el río, hacia las montañas.

Solo ellos dos. El puchero y él.

Eran los únicos supervivientes.

Preguntas

¿Por qué lo hago?, se preguntó por enésima vez el inquisidor Glokta mientras recorría cojeando el pasillo. Los muros estaban enlucidos y encalados, aunque ni una cosa ni otra en fecha reciente. El lugar transmitía una sensación sórdida y olía a humedad. No había ventanas, ya que era un pasillo subterráneo muy profundo, y las luces de las lámparas proyectaban sombras que fluían lentas por todos los rincones.

¿Por qué iba a querer alguien hacer esto? Los pasos de Glokta sobre las mugrientas losas del suelo marcaban un ritmo constante. Primero, el golpe seguro de su talón derecho, luego el leve toque del bastón y, por último, el interminable arrastre de su pie izquierdo, acompañado por los acostumbrados dolores punzantes que se extendían por el tobillo, la rodilla, el culo y la espalda. Golpe, toque, dolor. Ese era el ritmo de su andar.

La sucia monotonía del pasillo se interrumpía de vez en cuando por pesadas puertas, reforzadas con planchas de hierro perforado. Tras una de ellas, Glokta creyó oír un grito de dolor ahogado. *Me pregunto quién será el desdichado al que están interrogando ahí dentro. ¿De qué crimen será culpable o inocente? ¿En qué secretos estarán hurgando, qué mentiras estarán desbrozando, qué traiciones estarán poniendo al descubierto?* Pero no tuvo mucho

tiempo de preguntárselo. Los escalones interrumpieron sus pensamientos.

Si le hubieran dado la oportunidad de someter a tortura a un hombre, al que fuera, Glokta habría elegido sin duda al inventor de los escalones. Antes de que comenzaran sus desdichas, cuando era joven y vivía rodeado de admiración, nunca se había fijado en ellos. Se los saltaba de dos en dos y seguía despreocupado su camino. Pero ya no. *Están por todas partes. Es imposible pasar de un piso a otro sin ellos. Y bajar es peor que subir, que es algo de lo que nadie se da cuenta. Yendo hacia arriba, la caída no suele ser tan larga.*

Conocía muy bien aquel tramo. Dieciséis escalones labrados en piedra lisa, un poco desgastados por el centro y algo húmedos, como lo estaba todo allí abajo. Sin barandilla ni nada a lo que agarrarse. Dieciséis enemigos. Un auténtico reto. Le había llevado su tiempo dar con el método menos doloroso para bajar escaleras. Avanzaba de lado, como los cangrejos. Primero el bastón, luego el pie izquierdo y después el derecho, acompañado de un dolor más agónico del habitual por tener que apoyar el peso en la pierna izquierda, y de unas punzadas constantes en el cuello. *¿Por qué tiene que dolerme el cuello cuando bajo escaleras? ¿Acaso es el cuello el que carga con mi peso?* Pero el dolor era innegable.

A cuatro escalones del final, se detuvo. Ya casi los había vencido. Su mano temblaba sobre la empuñadura del bastón y la pierna izquierda le dolía horrores. Se pasó la lengua por las encías delanteras, donde en tiempos había tenido dientes, respiró hondo y dio un paso adelante. El tobillo cedió con una terrible punzada de dolor y Glokta se precipitó hacia delante, retorciéndose, tambaleándose con la mente convertida en un hervidero de espanto y desesperación. Tropezó como un borracho con el siguiente escalón, arañó las lisas paredes y dio un grito despavorido. *¡Estúpido, estúpido hijo de puta!* El bastón cayó al